

45. UTILIZACION DE LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

Tras del estudio de los recursos de comunicación que la Iglesia acostumbra desde tiempo inmemorial, Paulo VI nos lleva ahora a contemplar los instrumentos de difusión que la vida ordinaria nos brinda para llevar a cabo la evangelización del mundo, sea a partir de la catequesis inicial en la edad infantil, sea por medio de la homilía y cualquier otro tipo de predicación.

Habla de la sorprendente vastedad del campo y del número de escuchas que los recursos modernos de comunicación abren a la evangelización: los califica de «casi sin límites», y -nosotros añadimos- a un costo y mediante un esfuerzo mínimos en comparación de los resultados que pueden obtenerse.

Los MCS y su instrumento la publicidad (información sobre los bienes y servicios disponibles) deben ser utilizados dentro de la Iglesia, ya que ellos cuentan con fuerza, recursos, instrumentos y medios que bien aprovechados en la difusión de la verdad, de la evangelización y de la catequesis pueden ser multiplicadores que logren muchos frutos:

- ❖ La prensa, a la que catalogan el *cuarto poder*. Por medio de ella se puede formar una opinión recta de los hechos que influya en el diálogo social.
- ❖ Carteles, volantes y trípticos, folletos, lecciones, que como instrumentos de información y transmisión, invitan a ser protagonistas y transmisores del anuncio.
- ❖ La radio y la televisión, que acompañan, instruyen, informan, difunden, pueden ser instrumentos de servicio, del bien, fomentando los valores educativos, morales, religiosos, culturales, sociales etc.
- ❖ El cine, filmas discos, cassettes, los audiovisuales, a la vez que entretienen pueden ser transmisores de los valores culturales y éticos.

Con más razón si se sabe que lo que se busca es en beneficio de la humanidad y que lo que se ofrece es el mayor bien que todo ser humano debe tener, el conocimiento de Dios, de su Palabra, y su mensaje de salvación, de la única, verdadera y eterna felicidad.

Indica que podría haber culpabilidad en la Iglesia si no los quisiera o supiera aprovechar; pero, comentamos nosotros, tal impresión de culpabilidad debería, como muchas otras cosas, personalizarse en los miembros de esa Iglesia: soy yo, somos nosotros quienes hemos de sentir la preocupación por el aprovechamiento de estos medios, ¡en justa compensación del mal uso que de los mismos se viene haciendo sin recato!

El púlpito ha pasado a ser un simple símbolo de la acción de divulgación que debe ser sustituido por el altoparlante electrónico sobre calles y plazas inundando con su voz los rincones. Igual que lo aprovechan los merolicos para fines menos nobles cumpliendo con lo previsto por Cristo: "...pues los hijos de este mundo son

más astutos para sus cosas que los hijos de la luz." (Lc 16,8).

Apunta el Papa las condiciones que de manera masiva debe llenar el mensaje evangélico: ha de ser penetrante hasta hacerse oír, más que con los oídos de la carne, con los de la conciencia, para que cree conciencia precisamente, reflexión, revisión de vida, conversión. Instalación en el corazón: no ave de paso que no deja huella, sino con permanencia; que hable a cada hombre particularmente de sus propias circunstancias; y que como fruto obtenga la decisión de seguir un nuevo camino, el que lleva a Dios y al abandono de los falsos ídolos; adquiriendo el compromiso de no volver a abandonar el sumo Bien a cambio de los falsos bienes que el mundo ofrece.

Muy importante es el adjetivo que da a la adhesión y al compromiso: «verdaderamente personales»: quiere decir: que no se diluyan en un «debemos ser, debemos hacer» que en el número disminuya la propia responsabilidad del «debo ser, debo hacer».

46. CONTACTO PERSONAL INDISPENSABLE

No es novedad para el apóstol este tema: la comunicación del mensaje de salvación de persona a persona. Y sabe que sigue siendo éste el mejor recurso para transmitirlo.

Con todo, es muy provechoso referirse a la comunicación evangelizadora de persona a persona porque pueden descubrirse nuevos valores para mejor hacerlo, corregir errores, y en suma, ser más eficaces en la transmisión del Evangelio del mismo modo que lo hicieron Cristo y sus primeros discípulos.

La relectura del Evangelio una y otra vez nos puede proporcionar un buen conocimiento de cómo procedió Jesús durante su vida pública. Paulo VI nos trae a la memoria algunos ejemplos de ello. En realidad fueron muchísimos los consignados por los evangelistas, y más aún seguramente los no consignados, de acuerdo con lo que dice San Juan: *"Jesús realizó en presencia de los discípulos otras muchas señales que no están escritas en este libro."* (Jn 20,30). Pero los que menciona el Pontífice nos van a demostrar a las claras que hay variedad de métodos según sea el interlocutor:

- ◆ Zaqueo, un publicano, dedicado a los negocios temporales menos que lícitos: prestamista, usurero, explotador del necesitado; y sin embargo con sed de Dios. Se interesa por Jesús, y se le acerca, pero no tanto que lo comprometa. A éste Jesús le habla de manera decidida, sin simulaciones, y lo arrincona en el compromiso porque sabe que sólo le hace falta un ligero impulso y con éste habrá de decidirse. Y se decide, y se entrega; y hay en él renuncia de los ideales anteriores, y conversión a nuevos ideales que habrán de llenar realmente su vida en adelante. El resultado también lo puede Cristo decir sin disimulos: *"Hoy ha llegado la salvación a esta casa..."* (Lc 19-9).
- ❖ En cambio, por lo que respecta a la samaritana, que no acudía en busca de Jesús, El se le hace enconradizo y se encarga de despertar en ella la curiosidad que habrá de despertar la sed de Dios. También hay en esta mujer algo diferen

te al caso anterior: un apóstol en germen: todo es que ella descubra el valor inmenso de Jesús que ha encontrado, que vuele al pueblo a participar el bien recibido. Jesús lo sabe y por eso su encuentro personal se transforma en toda una instrucción: El sabe que vale la pena instruir a uno que se encargue de esparcir los conocimientos adquiridos- es multiplicar la noticia con la economía de un mínimo esfuerzo y un máximo fruto: hay un apóstol natural en ciernes que sólo espera el anuncio para divulgarlo.

◆ Simón el fariseo es un tipo ladino y correoso al que habrá que hablar con palabras duras para que penetren y llamar a las cosas por su nombre para romper el disimulo. Y con todo, para Jesús es otro hombre necesitado de redención; simplemente en un estado peor que los anteriores porque la disposición a la conversión es nula y el deseo de ver la luz inexistente. Ahí hay que hacerlo todo, porque no existe nada: conmover desde lo más profundo para que broten los sentimientos dormidos por causa de una vida egoísta y material. Y para ello Cristo se vale del ejemplo que presenta la pública pecadora arrepentida. No vale ahora tomar en cuenta la cortesía de la invitación a comer, ni el respeto a la casa del fariseo anfitrión: no, lo importante, no puede desaprovecharse la circunstancia, es hablar claro, duro y contundente. Y Jesús lo hace, no porque le caiga mal este tipo, que a nosotros eso nos sucede, sino porque es el tratamiento personal que requiere para su bien.

Son éstos ejemplo de la variedad de encuentros personales que requiere estudio detallado del interlocutor; tranquilidad y preparación para cada caso; efectividad en la acción; comprensión y paciencia en los resultados; aquilatamiento de las reacciones; y en todo caso mirar por el bien del hombre: amar al pecador y odiar al pecado, compadecer a quien, sin saberlo, trae cargando una ceguera y una esclavitud que le impiden ver el sumo Bien. Obrar en consecuencia, sin desmayar jamás mientras sea posible hacer algo, y rezar después, cuando nada más se pudiera hacer.

Trasmitir la fe es algo que puede muy bien compararse al contagio de una enfermedad infecciosa: como ésta, la fe se transmite ante todo por el contacto: puede ser físicamente presente, puede ocurrir a larga distancia, mediante el teléfono, la correspondencia, la prensa o cualquier otro medio de comunicación. Pero nunca será nada más efectivo que el testimonio personal por el ejemplo: ahí es donde la fe encuentra su más efectivo contagio. Puede parecernos a veces demasiado lento actuar y permanecer callado en espera de la oportunidad de dar el mensaje hablado; pero, ciertamente, hay casos que requieren provocar antes la apertura, la sed de Dios, pues de otra suerte todo mensaje será en vano ya que no habrá penetración. Y ¿cómo vamos a provocar esa apertura y esa sed de Dios si no es por medio del ejemplo?

Será hasta cuando el otro repare en la fe que estamos viviendo, cuando ocurra en él el cambio hacia el interés de Dios; y será hasta entonces cuando nosotros podamos ser escuchados por él.

Quiere aquí Paulo VI hacernos notar que no debemos dejarnos arrastrar por la

prisa: con frecuencia ocurre que la problemática de la falta de fe y la necesidad de conversión nos hacen antojarnos por encontrar y poner en actividad métodos rápidos de conversión masiva. Esto es incluso peligroso para quienes caen en esto, pues cuando no logran ver resultados, o la gente no acude al llamado, o proviene la deserción entre los reunidos, el desánimo y la apatía se apoderan del evangelizador: está convencido de que por su parte ha hecho todo lo posible y ha sido inútil; ya nada queda por hacer.

No es así: hay mucho por hacer, y ni siquiera él ha intentado lo más efectivo: la transmisión de la fe de persona a persona. No es que no sepa del sistema, sino que le parece lento; la prisa y el deseo de abarcar el número le han hecho olvidar que el contacto personal y el testimonio son los recursos más efectivos, siempre más a la mano, sobre todo cuando la proclama, la convocación y la presencia perseverante haya fallado. Claro, el número reducido hace pensar en el fracaso. Pero es que un gran número, por más que nos halague, no es efectivo, pues todo anuncio, toda advertencia, toda llamada de atención, toda instancia, se diluyen entre el auditorio y, aunque parezca mentira, siendo ellos más, les toca «de a menos».

Por otra parte, quien teniendo un gran número de evangelizandos, se conforme con el tratamiento masivo, sin acudir al contacto de persona a persona, corre el peligro de motivar, pero nunca llegar a transmitir la fe; de provocar euforia, pero no un cambio de vida. Se puede asegurar que el tratamiento masivo es bueno durante la proclama y la convocación, pero una vez reunidos y en actitud de escucha, debe provocarse el encuentro de persona a persona para no perder lo hasta entonces ganado. ¿Quieres que no ocurra la deserción? Adelántate a ella buscando el contacto personal antes de que la deserción se presente, pues cuando esto ocurra ya nada podrás hacer, ni la transmisión de persona a persona de tu fe podrá ser realizada, porque ellos ya no te escucharán. El Papa se está refiriendo a la jerarquía cuando habla del aprovechamiento de la dirección espiritual, sobre todo en el Sacramento de la Reconciliación, y lo es. El diálogo pastoral nos lo ha presentado magistralmente el Papa Juan Pablo II como ningún otro pontífice lo hiciera hasta ahora, aunque sí sabemos de obispos que antes lo hicieron, como San Antonio María Claret como arzobispo en Santiago de Cuba, o Mons. Rafael Guízar y Valencia en Veracruz: es entonces cuando la figura del Pastor se manifiesta en toda su efectividad, y ocurre precisamente esto por la fuerza del diálogo entre el Pastor y la oveja, entre el Ordinario y su grey, entre el párroco y su feligresía.

El laico tiene también en esto una labor a realizar: con mucha frecuencia sucede que en realizando él su labor de agente de la evangelización, se le acercan sus hermanos a manifestarle sus inquietudes, sus problemas, sus necesidades de toda índole, como no lo hicieran ante el sacerdote. No es que consideren al laico más que al sacerdote, no: ocurre que el laico, como igual entre ellos, pero a su juicio con más conocimientos; ¡y más virtud! según creen, les presta más confianza para abrirse, más comodidad para conseguir lo que desean, más facilidad para hallar remedio. El laico entonces debe ayudar, ante todo, a que el hermano entre

en contacto con el sacerdote acercándolo a él para remedio a las necesidades espirituales, por las que se ocupará él también mediante el consejo oportuno y discreto, pero sin olvidar sus propias limitaciones, pues en última instancia esto compete al sacerdote. De las necesidades materiales y sociales sí debe ocuparse de lleno: ¡Qué responsabilidad que lo crean de más virtud!

LOS MEDIOS ESPIRITUALES

47. LA FUNCION DE LOS SACRAMENTOS

Va a ocuparse ahora Paulo VI de los medios más importantes para el trabajo de evangelización: los espirituales. Cabe hacer la advertencia de que en ello muestra su preocupación por los desvíos que cometen quienes pretenden hacer una cosa de la evangelización y otra distinta de la sacramentalización. Comencemos, pues, por dejar claro lo que es lo uno y lo otro.

Por evangelización entendemos, ya se ha dicho, la trasmisión de la Buena Nueva del Evangelio con todo su contenido, dentro de lo cual se comprenden el dogma y la moral, esto es: lo que debemos de creer y obrar, quedando incluidos en ello los principios de fe, esperanza y caridad.

Por sacramentalización entendemos estrictamente hablando, todo lo que mira a los sacramentos como medio de santificación. De manera más extensa, todo lo que mira a la santificación del cristiano, la vida de piedad, la espiritualidad.

Comienza el Papa por sentar un principio: no es suficiente la enseñanza que encierra la evangelización: debe ir más allá puesto que hemos dicho que la evangelización debe influir en la vida del hombre de modo que éste viva el Evangelio, que lo haga programa y realidad en su manera de ser y de vivir; que el Evangelio se encarne en él, y que él, en cierto modo, sea el Evangelio viviente.

Esto es mucho más que ser un estudioso del Evangelio, un conocedor de la doctrina de Jesucristo que no traduce a su modo de comportarse lo que Cristo enseña.

Nos indica que la evangelización debe trascender en dos aspectos a nuestra existencia:

- 1º. En el orden natural dará sentido propio a nuestra vida al hacer que nuestro comportamiento adquiera la imagen del **hombre nuevo** que dice San Pablo: *"Os digo, pues, esto y os conjuro en el Señor, que no viváis ya como viven los gentiles, según la vaciedad de su mente, sumergido su pensamiento en las tinieblas y excluidos de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, por la dureza de su cabeza, los cuales, habiendo perdido el sentido de la moral, se entregaron al libertinaje, hasta practicar con desenfreno toda suerte de impurezas. Pero no es este el Cristo que vosotros habéis aprendido, si es que habéis oído hablar de El y en El habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús a despojaros, en cuanto a vuestra vida anterior, del hombre viejo que se corrompe siguiendo la seducción de las concupiscencias, a renovar el espíritu de vuestra*

mente, y a revestiros del Hombre Nuevo, creado por Dios, en la justicia y santidad de la verdad." (Ef 4,17-24).

- 2º-. En el orden sobrenatural y como consecuencia de la misma vida natural así renovada, antes que entender que ésta sufre detrimento, hay que entender que mejora y se eleva sostenida guiada y preservada del mal por aquella.

Siendo, pues, tan importante la vida sobrenatural para que el Evangelio logre sus frutos, habrá que tratar de que ella se nutra en las fuentes de la gracia que son los sacramentos, sin cuya alimentación de santidad la vida sobrenatural languidece y la vida natural degenera hacia los excesos prevenidos por el Apóstol en el pasaje arriba citado.

De aquí Paulo VI deduce: no es posible que sea de otra forma el mayor fruto de la predicación del Evangelio se conseguirá uniendo la Palabra y los sacramentos en una **unión íntima**, una comunicación constante entre el Evangelio que se escucha y los sacramentos que se frecuentan.

Queda así clara la desviación del concepto que trata de poner división entre la evangelización y la sacramentalización; entre el anuncio del evangelio, la predicación, la impartición de la doctrina por una parte, y la instrucción y la impartición de los sacramentos por la otra.

Aquí propone una acción recíproca: también queda afectada la eficacia de los sacramentos cuando no va acompañada de la evangelización, de la doctrina acerca de ellos y del dogma y la moral.

Habla incluso el Pontífice de una finalidad inmediata de parte de la evangelización: acercar al cristiano mediante el cultivo de la fe a los sacramentos, de manera que al recibirlos esto no sea frío, insensible, rutinario, costumbrista; sino por el contrario, sea consciente, enterado, motivado, caluroso, ilusionado, amoroso, porque la fe ha sido despertada en el interior de quien recibe los sacramentos y mediante ella la vida espiritual se vive en plenitud.

48. PIEDAD POPULAR

Inicia aquí el Papa un tema de suma importancia, porque guarda relación con el modo de ser del evangelizando. Se refiere con énfasis a la «piedad popular», esto es, al modo de vivir de manera espontánea la vida espiritual la gente del pueblo, la que se encuentra menos afectada por las corrientes filosóficas y la artificialidad del mundo; la gente, podríamos definirla, que se conserva, cree y actúa «al natural».

Al modo como esta gente cree, espera, ama a Dios y le rinde a su modo culto, el Papa le llama en su conjunto «religiosidad popular».

Esta religiosidad popular, que en ocasiones es vista con cierto menosprecio, que se considera en general plagada de desvíos y falta de autenticidad cristiana, existen realmente verdaderos valores espirituales que no son sustitución de lo auténtico, sino formas de expresión y de vida de lo auténtico. Por tanto, conviene descubrir en el conjunto de la religiosidad popular lo auténtico cristiano que se en-

cuentra mezclado con lo falsamente cristiano, con objeto de no destruir valores verdaderos en un afán imprudente y superficial de retirar lo que no vale.

Cierto que la religiosidad popular es hija de una evangelización incompleta; cierto que en ella aparece falta de información religiosa; cierto que en ella se entremezcla el cristianismo con creencias y costumbres materiales y hasta paganas, constituyendo un «sincretismo» o fusión de todo ello. Pero, precisamente porque hay cristianismo en esto, conviene analizar cuanto hay entonces de cristianismo para no estropearlo; cuánto hay de moral natural, para sublimarla a la vida sobrenatural; cuánto hay de dogma para completarlo y depurarlo.

Por eso hoy el Papa y los Obispos, lejos de querer hacer tabla rasa con todo el contenido de la religiosidad popular, con un gran respeto y cuidado indagan en ella en busca de valores verdaderos, que los hay en abundancia, y de valores humanos que requerirán evangelización, pero que son una realidad aprovechable.

Por otra parte, en el trabajo de evangelización, y con prudencia grande, hay que identificar lo que no es cristiano o cristianizable; lo que se opone al cristianismo y lo que es realmente anticristiano. Existe en todo lo negativo de la religiosidad popular un principio de disención, donde aparecen distanciamientos más o menos graves de la ortodoxia; costumbres mezcladas de paganismo e inmoralidad; cultos erróneos y atribución de poderes mágicos a imágenes y prendas; devociones y oraciones incorrectas; desconocimiento de la genuina autoridad eclesiástica; temor a poderes demoníacos que se concretan en personas, animales y cosas.

Ciertamente el hombre sufre bajo la presión de todo ello y vive a expensas y bajo el peso de la superstición, con aprovechamiento de unos cuantos libres hasta cierto punto de la carga, pero que aprovechan el estado en que se encuentran los demás para obtener de ellos beneficios. A los beneficiados no les conviene, ciertamente, que los demás salgan de su estado de postración espiritual, y por ello trabajan porque todo eso perdure. Entonces sucede que el evangelizador constituye para los aprovechados un signo contrario a sus intereses.

Se presenta en ese momento el peligro de que la desviación se convierta en cisma, esto es, en ruptura de grupos con la verdadera Iglesia, al sentir que se ataca a su fe, a sus costumbres y a sus tradiciones. El evangelizador no puede en tales circunstancias actuar de modo imprudente: tiene que tener presente la dignidad de la persona, que merece respeto en sus sentimientos y espera en su comprensión. Es muy difícil que el hombre cambie rápidamente sus conceptos religiosos y acepte la autoridad moral de personas desconocidas, sobre todo si se trata de un pueblo amante de sus tradiciones, respeto a la memoria de sus antepasados, obediencia ciega a sus autoridades; y todo esto con el natural y comprensible deseo de permanencia de sus instituciones.

Mucho puede hacer el evangelizador que no actúa con prisa; mucho puede aprovechar de los verdaderos valores cuando tiene paciencia para descubrirlos, analizarlos y utilizarlos; mucho merecen las personas que se aquilata la bondad de sus tesoros espirituales.

He aquí la tarea del buen evangelizador: sin prisa, poco a poco, ir formando la conciencia, el entendimiento y la voluntad de los evangelizando hasta hacer de ellos cristianos enterados, pero con **valores propios**.

Sed de Dios es un concepto que el evangelizador nunca debe olvidar, pues ese concepto significa buena voluntad, deseo de descubrir camino de salvación, anhelo de fe, de esperanza y de amor que deben ser atendidos como **primer paso** en toda evangelización.

Esa generosidad **heroica** a que alude el Papa, que permite compromiso extraordinarios, es ya en sí un punto de partida que debe ser aprovechado por el benéfico evangelizador: hay deseo de entrega en el evangelizando, y es bastante para comenzar a darle a conocer la verdad completa, cuando la verdad incompleta ha sido tan bien atendida.

Como en todo hombre, más que muchos otros hombres porque sus muchas carencias lo hacen muy vulnerable, el evangelizando busca el amparo de Dios bajo los conceptos para él necesarios del Dios providente que puede remediarle. Es una puerta abierta a la evangelización si el evangelizador sabe atender debidamente al mismo tiempo que las necesidades espirituales, las materiales.

Una gran posibilidad de parte del evangelizando se encuentra, dice Paulo VI, en su austeridad de vida: el cristianismo tendrá siempre el sentido del sufrimiento y la expiación porque está identificado en la cruz de Cristo. Es evidente que el hombre acostumbrado al sufrimiento y las privaciones acepte con facilidad y comprensión una religión así, la cual, por el contrario, es frecuentemente rechazada por eso mismo de parte del hombre que está rodeado de satisfactores y opuesto al sufrimiento.

Paulo VI ha querido emplear un nombre para designar a la religiosidad popular cuando se ha elevado por su altura de conceptos y su depuración de lo negativo. Le llama «piedad popular», palabra que acoge el sentido de elevación de miras. Sigue siendo popular en cuanto se mira al individuo, pero con un sentido de purificación que la pone a la altura del auténtico cristianismo no obstante que conservará manifestaciones muy propias en su comportamiento personal, en su culto y en sus expresiones.

Para estos casos hace falta, desde luego, una pastoral particular en cada caso, y el Papa insta a los Pastores a que le dediquen esfuerzos especiales a esto.

El evangelizador de las grandes ciudades debe contemplar una realidad: la religiosidad popular invade las grandes urbes. Cada día arriban a ellas nuevas oleadas de campesinos que vienen aquejados de dolor y necesidad corporal y espiritual; vienen carentes de evangelización y cargados de religiosidad popular. El evangelizador urbano tiene que atenderlos, debe estar preparado a fin de no descuidar estos casos más y más frecuentes; tanto más problemáticos, cuanto que su desarraigo y pobreza son acuciantes y lo hacen puerta abierta a cualquier ideología.